

mostrándosele más todavía con enviarles los romanos, el más formidable azote desencadenado por la mano del Señor contra ellos.

Así caminaba rápidamente el pueblo de Dios, como todos los demás, á su pérdida completa. Sin embargo, su posición excepcional merece particular atención. Ante el espectáculo de las continuas vicisitudes de aquel tiempo, de la caída de tantos reinos, la ruina de tantas ciudades, solo estaban persuadidos los gentiles de la realización de una decadencia siempre en aumento, cuyo presentimiento había dejado en ellos la tradición primitiva; en su opinión estaban destinadas á envejecer y á morir todas las cosas humanas. Hasta los que miraban como su ídolo á Roma y veneraban la eternidad del Capitolio, al que cada rey, que subía encadenado por la vía Sacra, parecía añadirle una nueva piedra, pregonaban que cada generación era peor que la precedente, y veían al mundo caminar á su ruina total é inevitable.

Solo Israel ha guardado viva la otra parte de la tradición en medio de tan terribles desastres exteriores, y venera el dogma de la regeneración al mismo tiempo que el de la caída, y se adhiere á ellos tanto más enérgicamente cuanto mayor es su abatimiento. Solo Israel conoce entre las naciones antiguas la doctrina del progreso, carácter y gloria de la civilización moderna. Pero cegados los hebreos por un erróneo amor de patria no descubrieron en el Redentor más que á un héroe de su nación, un reparador de la raza de Abraham según la carne, no según la fé; un Mesías, judío triunfante de los enemigos de los hebreos, no al hijo del hombre encargado de proclamar la fraternidad universal, y una ley de amor independiente de los tiempos, de los lugares, y de las condiciones.

CAPITULO XXIII

Tercera guerra púnica.

Orgullosa Roma de haber vencido á tantos enemigos no le restaba más que dominar á su rival Cartago. Ambas repúblicas habían celebrado la paz; pero la política romana propendía á la guerra y suministraban un fácil pretexto para que estallara las continuas querellas que se suscitaban por una y por otra. Haciendo

pesar Roma sobre Cartago toda la maldición del *Vae victis* aspiraba de continuo á sujetarla á nuevas humillaciones; imputábala á violación de fé manifiesta las maniobras hostiles de Anibal en Asia; después de ser la agresora clamaba alto contra la ofensa.

Entretanto Massinisa, rey de Numidia, padre de cuarenta y cuatro hijos, feroz y turbulento anciano, á quien pareció respetar la muerte para tormento de Cartago, se engrandecía con daño suyo. Después de hacer que Roma desconfiase de ella, había ocupado (199) el territorio de Emporios, que estaba situado á orillas del mar cerca de la pequeña Sirte. Cuando los cartagineses se querellaron de aquel desacato, los diputados enviados por Roma (189) para comprobar los hechos dieron la razón al rey numida. Poco después invadió otra provincia, y luego otra (182). Escipion el Africano encargado de decidir sobre las nuevas quejas no quiso descontentar á un aliado para favorecer la justicia. Y sin embargo todavía aseguraba Roma á los cartagineses el año 181 la integridad de su territorio. Pero el numida no tarda en apoderarse de otra provincia y de setenta ciudades ó aldeas, y Roma le deja obrar á su albedrío.

Reducida Cartago á no tener ya ejército se perdía cada vez más solicitando la protección de los vencedores, é invocando la justicia de un pueblo, que no conocía más ley que su interés propio. Entretanto Massinisa, cuyo espíritu sagaz abundaba en recursos, sembraba la desconfianza entre las dos ciudades. Acusó á Cartago de estar de acuerdo con Anibal, y Cartago para disculparse envió naves en persecución de su antiguo caudillo, confiscó sus bienes, arrasó su casa, y dió cuenta al Senado romano de una comisión por él confiada á Ariston. En seguida atestiguó el rey numida que los cartagineses habían enviado embajadores á Perseo para celebrar alianza, y los embajadores llegados de Roma con este motivo adquirieron la certidumbre de que el Senado de Cartago había recibido de noche y dentro del templo de Esculapio á los embajadores del rey de Macedonia.

En la guerra con este príncipe suministró Massinisa socorros á los romanos, quienes solo agradecieron sobremanera; los cartagineses

ofrecieron hombres, viveres, naves, y Roma no vió en esto otra cosa más que un efecto del temor y del envilecimiento. Recelando además que se unirían con el vínculo de la desesperación á los macedonios, les envió Caton el Censor, con el fin de conciliar las diferencias existentes; pero se mostró parcial é inflexible de tal modo que los cartagineses rehusaron su arbitraje. Aquel rígido y orgulloso censor no olvidó semejante afrenta, y tanto por esta causa como en virtud de sus celos contra los Escipiones, omnipotentes en el Senado, no cesó de aconsejar la destrucción de Cartago. Ya fuese que conviniera á los Escipiones permitir que subsistiera aquel trofeo vivo de sus glorias, ya que temieran, como decían, que llegara á adormecerse Roma, no bien se desvaneciera la inminencia del peligro, se oponían á la ruina de la ciudad rival del Capitolio. Al revés el censor, no se cansaba de representar cuán peligrosa era su vecindad, cómo se aumentaba su población, y cualquiera que fuese el asunto sobre que hablara en el Senado siempre terminaba sus discursos con esta frase: *Opino que conviene destruir á Cartago.*

Todo el que conocía á Roma podía preveer que al fin llevaría la mejor parte el bando más violento. Y sin embargo, la ciudad fenicia no contribuyó poco al fácil triunfo de su implacable enemiga. ¿Cómo prescindir de detenernos aquí algún tanto á meditar sobre su decadencia? La caída de las repúblicas es mucho más instructiva que la de los imperios, porque éstos se sustentan ó caen más frecuentemente por virtudes ó culpas individuales, por la ineptitud ó habilidad de un monarca, al paso que la prosperidad ó la ruina de las repúblicas proviene de causas más hondas y generales.

Cartago llama particularmente la atención por haber sido tan grande y por haber caído en un tiempo que resplandece con tanta luz á nuestros ojos. A falta de documentos púnicos nos vemos en la necesidad de rebuscar entre los extranjeros noticias sobre aquella catástrofe. Preocupado Tito Livio únicamente de la apariencia pomposa y de cuanto puede glorificar á su querida Roma, no pensó casi en estudiar la constitución de la ciudad enemiga. Polibio, que siendo contemporáneo de los Escipiones los trató familiarmente y pudo exa-

minar á fondo aquella república, le supera grandemente en este punto; pero seducido también por la grandeza se complace en admirar á Cartago mientras lucha con Roma; luego apenas dirige una ojeada hácia el intervalo transcurrido entre la guerra de los mercenarios y el momento en que estalló la tercera guerra púnica. No nos quedan de Diodoro más que algunos fragmentos, si bien son preciosos, especialmente cuando se les compara á la narración de Appiano, y nos ponen en disposición de sondear las causas de los desastres de aquella república.

El engrandecimiento de Roma y la rivalidad excitada contra la familia de Barca, no bastan ni con mucho á explicar el decaimiento de Cartago; fuerza es buscar la causa en su constitución misma. En primer lugar debió ser perjudicialísima la venalidad de los más altos cargos, pues á la par que semejante abuso excluye al hombre de mérito, hace á los electores accesibles á la corrupción, y acumula en una misma persona dignidades y poderes que conviene mantener separados y en mútua dependencia. Es verdad que en una república aristocrática como era Cartago, teniendo interés en conservar la constitución interior todos los nobles, no aspiraban á destruirla. Aún parece que la organización política no se había alterado mucho hasta la guerra con Roma, puesto que la autoridad del Senado continuaba siendo respetada y nunca se había hablado de facciones.

Este azote de las repúblicas nació ó se desarrolló en Cartago durante la guerra de los mercenarios. Entonces entró en rivalidad con la familia de Hannon la familia de Amilcar Barca, destinada á convertir su patria en una potencia gigantesca y á arrastrarla á su ruina. Concitaron los odios hasta tal punto, que con dificultad llegaron á adormecerlos treinta senadores en toda la inminencia del peligro, hasta el instante en que se sofocó aquel formidable levantamiento de mercenarios.

Tornaron luego á reanimarse. Amilcar se puso de parte del pueblo, rodeándose de gentes comprometidas y turbulentas, y merced también al crédito que le habían valido sus victorias, dió un terrible sacudimiento á la autoridad del Senado, que hubo de reunir todas sus fuerzas para hacerle frente. No considerándose,

sin embargo, sobrado fuerte para sostenerse, aconsejó la guerra, en que había de ser necesario su brazo. Invadió la España; posteriormente los tesoros que envió desde esta comarca, abonaron el consejo y la expedición, encendieron cada vez más el deseo de conquistar toda la Península á fin de compensar la pérdida de Cerdeña y de Sicilia, y para atenuar los efectos de la concurrencia con que luchaba el comercio cartaginés en el Mediterráneo.

Ahora bien, así como la posesión de América debía perder á España, la conquista de España vino á ser desastrosa para Cartago. Aun prescindiendo de lo mucho que corrompieron las inmensas riquezas extraídas de este territorio á los nobles y al pueblo, suministraron al general conquistador los medios de comprar á la muchedumbre y al Senado y de dirigir la causa pública á su antojo. Durante los nueve años que permaneció Amílcar en España, en que avasalló la parte más rica, se mantuvo poderoso en su patria, gracias á los tesoros de que disponía; y nada le hubiera impedido trastornar su constitución, si la muerte no hubiera hecho abortar sus proyectos.

Asdrubal siguió sus huellas; hasta edificó en España una nueva Cartago (*Cartagena*), y contrajo matrimonio con la hija de un rey del territorio; ostentaba real boato; toda su conducta parecía indicar que pensaba hacer á la España independiente: un asesino libertó á Cartago de tan serios temores.

Entonces el partido de Hannon, que no consentía que se durmiera su patria tan cerca del peligro, quería hacer comparecer en juicio á los que se habían dejado seducir por las lerguezas de Amílcar y de Asdrubal; y una magistratura semejante á la inquisición de Estado de Venecia, hubiera podido dar al traste con las maquinaciones de los Barcas, si Anibal no hubiera provocado hábilmente la expedición contra Roma.

Partidario el pueblo en un principio de los Barcas, celoso de su prosperidad luego, tornó á serles favorable á causa de su admiración por las prodigiosas campañas de Anibal, y á sostenerlos contra el Senado. Pero los opulentos negociantes, opuestos por su índole á la guerra, y las gentes sensatas que conocían el interés de su patria, estaban conformes en no exigir

de las expediciones á España y á Italia más resultado que una paz ventajosa con Roma. No era, pues, la envidia el único resorte que impelia á Hannon á contrariar una guerra que produciría solamente el engrandecimiento de la familia Barca. Pero la generosa obstinación de Roma por una parte, y los manejos del partido contrario por otra, nunca permitieron llegar á negociaciones hasta el momento en que la causa cartaginesa se encontraba sobrado comprometida; sobrevinieron entonces el desembarco de Escipión en Africa, los reveses de Magon, de Asdrubal y de Anibal allende y aqueude los Alpes, y la derrota de Zama que arruinaron la influencia de los Barcas, dejando prevalecer al partido que propendía á la paz.

No por eso dejaron los Barcas de poseer la principal autoridad en el Senado. De caudillo del ejército pasó Anibal á ser jefe del gobierno y lo reformó á su gusto, haciendo anuales las magistraturas que antes eran perpétuas. Pero así como al podar un árbol recobra su lozanía si aún está lleno de sávia, y muere si está en su decaimiento, del mismo modo acrecen las reformas la vitalidad de los Estados cuando todavía pueden recibirlas, siendo nocivas para aquellos cuya decadencia ha comenzado. Mudando de sitio las bases sobre que habían descansado hasta entonces, producen en tal caso las reformas mayores vaivenes, excitando tan hondos disgustos que se teme más al adversario particular que al comun enemigo. Esto es lo que sucedió á Cartago, donde se exasperaron las facciones y dividieron á los ciudadanos en tres partidos: el romano, el numida, el cartaginés. No era el más numeroso el último, que despues del destierro de Anibal, no halló si quiera un caudillo que le dirigiera dignamente.

Además todas las naciones tienen una vocación particular. Unas se sienten inclinadas al negocio, otras á la guerra; éstas buscan la gloria, aquéllas la riqueza; á este diferente objeto van dirigidas la educación y las instituciones, y en armonía con él se forma el espíritu público. Los pueblos comerciales propenden á adquirir con el auxilio de relaciones pacíficas; los otros por la vía de las armas. Los primeros establecen factorías, echan las bases de operaciones de tráfico, hacen trueques, satisfacen las

necesidades de diversos países; los segundos anhelan un vasto territorio, súbditos, tributos; para los unos es el todo el interés privado; los otros no piensan más que en el interés público y en la gloria. El que pretende cambiar de papel y aspirar á los destinos de su rival, pone en peligro su propia existencia: el caso de la moderna Inglaterra no sería más que una excepción, dado que, respecto de ella, estuviera la cuestión resuelta definitivamente.

Mientras Cartago dilató su poder por el comercio y las colonias, como lo había aprendido de la ciudad madre, prosperó sin zozobras; se hizo en cuatro siglos soberana de los mares y capital de Africa, fué rica, respetada, y estuvo tranquila. Una vez entregada á la ambición de las conquistas, se enagenó el afecto de sus vecinos como potencia belicosa, en vez de ganarse su amistad por el comercio como debió hacerlo.

Sus naves, empleadas en la guerra, cesaron de ser portadoras de las mercancías de que procedía su riqueza; los gastos de la guerra arrancaban del tesoro lo que había hecho ingresar el comercio; como debía prevalecer el espíritu militar, todo tráfico debía ser abandonado, en el caso contrario era menester asalariar á extranjeros. No podían bastar los ciudadanos para sostener grandes guerras, y las ciudades feudatarias no suministraban hombres sino con repugnancia. Es verdad que así no se quitaban tantos brazos á la industria y á la agricultura, y el dinero reparaba las pérdidas experimentadas con la compra de los soldados y de los capitanes; pero éstos, no peleando por su patria, podían hacerse tiranos del país ó desertar al enemigo, ó convertirse en instrumento peligroso en manos de un general que hubiera querido echar abajo la libertad.

Cartago trataba rudamente á los indígenas vencidos, asociándoseles solamente para las cargas y para las fatigas, no considerándolos como colonos, sino como siervos, á quienes no aprovechaba el suelo ni la industria; á diferencia de Roma que, conservando á lo ménos la apariencia de derechos á aquellos á quienes sometía, otorgaba á los vencidos el título de colonos ó de aliados. Era, pues, aborrecida por sus súbditos Cartago; siempre estaban los numidas prontos á rebelarse; se insurreccionó hasta

la Utica; otras ciudades oprimidas constituyeron nuevas provincias, ó bien dejaban al primer invasor un libre acceso, ya que los recelos de Cartago no las prometían fortificarse.

El resultado más funesto de la ambición guerrera de Cartago, fué haberla arrastrado á luchar con Roma. En el momento de su ruptura todas las probabilidades se presentaban en favor de la ciudad africana. Rica, poderosa en los mares, era señora de la mitad de Sicilia y de otras islas del Mediterráneo, desde donde podía desembarcar con formidables fuerzas en los puertos indefensos de su rival. Mas por poco que se considere la diferencia de costumbres y de constituciones, no cabrá abrigar dudas sobre el desenlace de aquel conflicto. Roma adquiere más vigor, y se engrandece á cada nueva guerra, asimilándose sus vecinos y extendiendo á lo lejos su territorio; Cartago, encerrada en su recinto, no ve más que súbditos á quienes explotar fuera; guerreros los romanos desde la infancia, se hallan habituados á los útiles trabajos de los campos; los cartagineses, dedicados al comercio, se educan en las costumbres de las factorías y de las especulaciones; para éstos todo medio de lucro es bueno, todo provecho ambicionado porque conduce al poder; aquéllos tienen, por el contrario, á gloria menospreciar el oro, y sobrellevar dignamente su robusta pobreza. Cartago confiaba en sus súbditos y en el dinero: Roma no tenía fé más que en sí misma; y mientras ésta permaneció incontrastable en su natal roca, aquélla resbalaba por un arenal de oro.

Faltó, pues, á los cartagineses aquel valor desesperado que proporciona el triunfo ó repara las derrotas; vencidos, temieron perderlo todo, y se doblegaron á su destino, á la par que los romanos, no teniendo que perder nada, sacan á pública subasta, en medio de su mayor peligro, el terreno en que Anibal está acampado. Cuando este general les propone la paz, le dan por respuesta: *Sal de Italia y trataremos entonces*. No alteraron la constitución de Roma sus derrotas; al revés sucedió en Cartago, y este resultado le fué tanto más funesto cuanto que el peligro era más apremiante. Despues de la batalla de Zama se restringió el poder de los magistrados, y entregado el pueblo á sus ímpetus habituales, prevaleció en las deliberacio-